

—¿Qué hora es?
 —Van a ser las doce.
 —No debe de tardar; irá a más, dijo don Anastasio.
 Angustias fue a buscar el libro en que había hecho mención
 capote de ganso que tenía doblado para la mesa de la sala.
 La madrastra de Emilia estaba perfectamente contenta
 no porque tener la edad que había dicho a nuestros lectores
 por el contrario, porque ella tenía las mismas ideas que
 cuando la enano se vino al mundo.
 Don Anastasio le estaba muy conmovido, no tanto por los
 años como por algunas cosas que se había enterado ha
 tanto sus buenos tiempos.
 Al ir a la casa de la señora del reloj de la sala, entró Emilia
 en la estancia: un vestido que usaba era bastante por la ca
 Puesto que nuestros lectores saben ya quién es doña An
 gustias, nos van a hacer el favor de acompañarnos a la calle
 del Hospicio de San Nicolás, al entresuelo del número***
 adonde encontraremos a la madrastra de Emilia.

UNA MADRASTRA.

Serian las once y media de la mañana en el momento en
 que una muger como de unos cincuenta y un años de edad en
 traba a la recámara del señor de Hinojosa, en cuya casa es
 tamos.
 —Angustias, dijo un hombre de edad avanzada que esta
 ba sentado en un sillón, teniendo entre sus manos un libro
 abierto.
 —¿Qué quieres, Hinojosa?
 —Saber si ha llegado Emilia.
 —No lo sé: como desde que le sucedió aquello que tú
 sabes, se cree libre enteramente, nunca avisa cuando sale ni
 cuando llega.

—¿Qué hora es?
 —Van a ser las doce.
 —No debe de tardar; irá a más, dijo don Anastasio.
 Angustias fue a buscar el libro en que había hecho mención
 capote de ganso que tenía doblado para la mesa de la sala.
 La madrastra de Emilia estaba perfectamente contenta
 no porque tener la edad que había dicho a nuestros lectores
 por el contrario, porque ella tenía las mismas ideas que
 cuando la enano se vino al mundo.
 Don Anastasio le estaba muy conmovido, no tanto por los
 años como por algunas cosas que se había enterado ha
 tanto sus buenos tiempos.
 Al ir a la casa de la señora del reloj de la sala, entró Emilia
 en la estancia: un vestido que usaba era bastante por la ca
 Puesto que nuestros lectores saben ya quién es doña An
 gustias, nos van a hacer el favor de acompañarnos a la calle
 del Hospicio de San Nicolás, al entresuelo del número***
 adonde encontraremos a la madrastra de Emilia.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
 DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS
 AV. BELLA VISTA 1111, SANTIAGO, CHILE

—¿Qué hora es?

—Van á dar las doce.

—No debe de tardar; iria á misa, dijo don Anastasio, y siguió leyendo en el libro de que hemos hecho mencion.

Angustias fué á sentarse frente á él y se puso á tejer una carpeta de gancho que tenia dedicada para la mesa de la sala.

La madrastra de Emilia estaba perfectamente conservada: no parecia tener la edad que hemos dicho á nuestros lectores, por el contrario, representaba tener casi los mismos años que cuando la enamoró su amo el general.

Don Anastasio sí estaba muy consumido, no tanto por los años como por algunos excesos á que se habia entregado durante sus buenos tiempos.

Al dar las doce la campana del reloj de la sala, entró Emilia en la estancia: su rostro estaba aún trastornado por la escena acaecida con Julio.

—Papá, ya estoy aquí.

—Está bien, hija; habia preguntado por tí, porque ya sabes que cómo en punto de las doce.

—Llegué diez minutos ántes, solo que.....

—Iria á esconder algo á su recámara, dijo doña Angustias.

Emilia le lanzó una mirada de odio, y repuso con acento concentrado, dirigiéndole siempre la palabra á su padre y no á su madrastra:

—Me entretuve con Ernesto en platicar.

—Siempre se está usted disculpando con mi hijo, volvió á decir doña Angustias.

—¿Cómo usted ya, papá?

—Sí, hija mia.

—Respóndame usted á mí, niña, que no soy su perro, agregó la perversa muger.

—Una vez por todas lo he dicho, contestó Emilia, que no reconozco en usted autoridad ninguna para ingerirse en mis asuntos.

—Cállese usted, altanera. Cuando estaba usted enredada con Julio entónces sí me adulaba usted bastante.

—Mejor seria que no recordase usted cosas en que tuvo tanta culpabilidad.

—Sí, cabal, tan niña que es usted!

—Vamos, vamos, cállate, Angustias, no me den una cólera y me dejen sin comer, dijo don Anastasio.

—Hinojosa, si no tomas una providencia con esta niña, á fin de que no me responda con esa altanería, abandono tu casa, llevándome á mi hijo.

—Ojalá y nunca hubiera usted entrado en esta casa, no me hubiera sucedido lo que me pasó.

—Calle usted, insolente! ¿lo ves, Hinojosa, lo ves? esta niña se propasa cada dia á medida que tú la toleras.

—¡Emilia!.....

—Papá, doña Angustias nunca me ha querido: me odia, y ella es la causa de mi desgracia, por no haberme cuidado, sino que al contrario, proporcionó las ocasiones: por último, quitó á Ernesto de mi lado; á Ernesto, que era mi fiel guardián.

—Sí, es verdad, hubo descuido por.....

—Tú tambien! esto solo me faltaba; el padre y la hija adunándose para echarme en cara faltas que cometen hoy á

cada paso las muchachas del día, por la educación inmoral que reciben con las novelitas y en los colegios á donde.....

Y doña Angustias, sin poderse contener, rompió á llorar, pero no de aflicción, sino de ira.

—Lo sucedido nadie lo puede remediar, exclamó el general: cálmate, Angustias, no amarguen mas mis días con sus disensiones; y tú, Emilia, ve á decir que sirvan la comida.

Emilia no se movió de su lugar, contemplando con ira mal reprimida á aquella odiosa muger.

—Mírala qué obediencia te presta, dijo doña Angustias, que deseaba seguir en la discusión; no se ha movido la hipócrita libertina.

—No me ultraje usted, doña Angustias, á usted no le compete juzgarme, porque su conducta no es muy limpia que digamos.

—¿Lo ves, Hinojosa, lo ves cómo se expresa? esas palabras son un reproche que te hace á tí y un ultraje á mí, sin tener en cuenta mis afanes de veinte años para con esta ingrata..... Había de ser hija de quien es, para ser prostituida y.....

—¡Doña Angustias! gritó Emilia dando un paso hácia la amante de su padre, no hable usted de una muger que está en la tumba y que fué mi madre.

—¡Ay, Jesús! gritó doña Angustias escondiendo el rostro, creí que me iba á pegar.

—¡Silencio! exclamó el señor de Hinojosa dando un golpe con el libro sobre una pequeña mesa, que se rompió.

—Pues corrige á esta niña.

—Y también á esta muger.

—¡Jesús! qué me ha dicho! me llama muger, la hija de....

—Esto es el infernal gritó don Anastasio, levantándose de su asiento y comenzando á pasearse, llevando repetidas veces la mano á su cabeza calva.

—¿Hija de qué, decía usted, doña Angustias?

—De lo que es usted, de una.....

—Papá, esta muger me insulta.

—¡Que se callen con mil demonios! que ya me dejaron sin comer.

—Papá, métame usted en un convento, yo no sigo viviendo aquí.

—Yo me marcho ahora mismo con mi amiga doña Pachita al estanquillo.

—Allí debió usted estar siempre.

—Y usted en el burdel.

—Cállese usted, vieja.....

—Miren á la niña aristócrata; sí, niña. Y doña Angustias hizo una mueca la mas villana que imaginarse pueda el lector.

Emilia comprendió todo el sarcasmo de aquella palabra niña, en los lábios de doña Angustias, y se puso á llorar.

La querida de don Anastasio lloraba á gritos para sobrepujar á Emilia.

—¿A dónde está Ernesto? preguntó el general.

—Salió á la calle, contestó Emilia.

—Usted lo mandaría, repuso doña Angustias, quiera Dios que no le suceda algo feo como aquella noche, porque entonces sí le doy á usted de bofetadas.

—Papá, escuche usted esas amenazas.

—Eso sí que no sucederá: si te atrevieras á pegarle á mi hija, te echaba yo á la calle.

—Echela usted desde luego, papá.

—¡Jesus me favorezca, lo que escucho! Ah, ah, ah, ah!... Y á doña Angustias le dió el mal y cayó de su asiento al suelo, privada de sentido.

Ni el señor de Hijojosa ni Emilia le prestaron auxilio alguno. En ese momento se presentó Ernesto en la recámara.

El hijo de doña Angustias, como hemos dicho mas ántes, era contrahecho y bizco, pero su rostro expresaba la bondad mas perfecta.

—Ernesto, dijeron á la vez Don Anastasio y Emilia.

—¿Que pasa? contestó el jóven con acento tranquilo.

—Tu mamá, que ya sabes que no me quiere, y que acaba de promover una incomodidad de las que acostumbra.

—¡Ah, qué mi madre! esta vida no se puede tolerar; si papá no pone el remedio, yo sabré lo que hago.

—Todo se remedia con irme yo á un convento.

—Tú no te separarás de mi lado.

—Gracias, hermano. Y Emilia abrazó á Ernesto.

—Ven por acá.

Emilia y su hermano abandonaron la recámara, y luego que se hallaron solos, el niño jorobado le dijo:

—Julio ha puesto un mes de plazo á Salvador.

—¡Ah, Ernesto! qué jóven ese tan simpático..... si yo fuera..... y me hablara de amor, qué feliz me creeria!

Ernesto inclinó la cabeza sobre el pecho y repuso:

—Salvador está enamorado de una muchachita muy simpática.

—¡Qué feliz será! ¡Dichosa ella!

—No hablemos de eso, Emilia: ¿á qué fin desear aquello que no puedes obtener? Yo tambien pensé en tí, cuando conocí á Salvador en el colegio, pero..... pensemos en otra cosa: él ama y es amado.

Emilia suspiró y le dijo á su hermano:

—¿Con que Julio puso un mes de plazo?

—Sí.

—¿Y crees que cumpla su promesa?

—Ya veremos; por ahora, ven, necesito hablar contigo á solas en tu recámara, aquí podrian escucharnos.

Y Emilia y su hermano se dirigieron á la recámara de la primera.

El trabajo se había empesado con un abogado conocido, y quien servia de manuscrito por las reales dicias; este que hacer, se encontraba en las horas libres sin deber de salir a sus estudios. Vivía con cuatro reales.

Veinte días despues de los acontecimientos que hemos referido á nuestros lectores, Salvador, en su cuarto de la calle del Apartado, se hallaba triste y pensativo.

Dos causas poderosas originaban la tristeza del jóven: la primera era que hacia un mes que la casa de comercio en que Salvador tenia su dinero á rédito, habia quebrado: la segunda, la enfermedad de su futuro suegro y padrastre adoptivo Don Joaquin Cabrales.

El abatimiento mas profundo se habia apoderado de Salvador: hacia diez dias que el jóven habia vendido algunos objetos de valor, únicos que le quedaban.

Nuestro estudiante habia pasado por todos los síntomas que determina en nuestro espíritu un golpe adverso de la suerte, que siempre hiere cuando estamos mas desprevenidos. El golpe, es decir, la primera noticia, lo habia anonadado; despues el abatimiento se apoderó de él, en seguida se desesperó, lloró, y por último, tuvo que conformarse.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
PESARES. Ago. 1625 MONTERREY, MÉXICO

Emilia supió y le dijo á su hermano: —Con que Julio puso en una de las... —Si... —Y crees que cumple su promesa... —Ya veremos; por ahora son necesario hablar contigo... —Y Emilia y su hermano se dirigieron á la vivienda de la primera...

CAPITULO ALGUNO
UNIVERSITARIA

No se crea que Salvador se había entristecido por la pérdida material de su dinero, no; él lo que temía era que aquella situación lo obligase á cortar su carrera; por lo demás, el jóven se sentía con ánimo fuerte para salirle al frente á la desgracia.

La enfermedad del señor Cabrales, lo afligia doblemente, puesto que tenia que estar en la casa de su amada la mayor parte del tiempo libre de que podia disponer para buscar su subsistencia.

Salvador se había empleado con un abogado conocido, á quien servia de amanuense por seis reales diarios; este quehacer, se entiende que lo desempeñaba en las horas libres, sin dejar de asistir á sus cátedras. Vivía con cuatro reales diarios y los dos restantes los dejaba en fondo para cubrir las demás atenciones indispensables de la vida.

Cuando el señor Cabrales cayó enfermo, Salvador tuvo necesidad de trabajar hasta de noche, á fin de ganarse el pan.

El abogado para quien escribía Salvador vivía en Tacubaya; el jóven, para ir allá, tenia que hacerlo muchas veces á pié, con objeto de ganarse dos reales mas que le daba el licenciado para el viaje.

—Estoy vigoroso, se decia el jóven; de México á Tacubaya no hay mas de una legua: este es un paseo de hombres y nada mas.

Al principio, Salvador no quiso decirles nada ni á Sofia ni á su padre, pero la jóven notó primero que su amante estaba preocupado, y despues que no permanecía á su lado el tiempo que ántes tenia costumbre de estar como muger, y muger amante, la niña comenzó á encelarse. Salvador le reveló entónces á ella sola su desgracia, pero Sofia, suplicán-

dole á su padre que no la descubriese con su amante, le contó la penosa situación del jóven.

El señor Cabrales estimó en lo que valia aquella hermosa conducta de su hijo, como él le llamaba, esperando tan solo una ocasión para obligarlo á aceptar lo que él queria: quitarlo de aquel fatigoso trabajo.

De improviso don Joaquin cayó enfermo y la situación de Salvador continuó en el mismo estado.

Una vez que hemos referido á nuestros lectores la causa de la tristeza del jóven, reanudemos el hilo de nuestra historia.

Salvador estaba sentado frente á su ventana, y profundamente pensativo.

Le preocupaba el porvenir: palabra que consta de ocho letras que nos afijen de continuo á todos los que pensamos.

No sabemos asertivamente el tiempo que el jóven hubiera permanecido en sus meditaciones, si el reloj del Apartado no hubiese dado las cuatro de la tarde: Salvador se levantó de su asiento, lanzó una triste mirada á su desamueblado cuarto, y despues de cerrar con llave, bajó lentamente los sesenta y tantos escalones de su casa, y salió á la calle.

Nuestro estudiante se dirigió á la calle de San Pedro y San Pablo, casa, como saben nuestros lectores, de Sofia.

Luego que hubo llegado, entró en la sala tristemente. Sofia le salió al encuentro.

—¡Salvador, por Dios! creí que no venias.

—Se me hizo un poco tarde, Sofia, pero en cambio, no me iré si tu papá sigue enfermo.

—¡Ah, sí! y muy enfermo: el médico ha ordenado que se disponga. Y la jóven se echó á llorar.

—Vamos; no llores, ¿quién dice que porque un enfermo se confiesa, vaya á morir? Los médicos se engañan... no llores, porque me afliges en extremo.

—Ven, vamos á ver á papá.

Los jóvenes entraron en la recámara de don Joaquín.

El señor Cabrales se hallaba en el lecho: un altar, en el que se veía una preciosa escultura de la Virgen, se encontraba frente á la cama del enfermo.

El padre de la joven gozaba de todas sus potencias, pero en su semblante tenía marcada la muerte: los ojos estaban medio velados; el cuerpo pesado, y ese *no sé qué* que se marca en el rostro de un moribundo.

—Señor, buenas tardes: ¿cómo sigue usted?

—Mal, Salvador, muy mal, hijo mío: esto se acaba por momentos: es natural, ya es hora.....

—Señor.....

—Papá.....

Y Sofia se puso á llorar.

—No llores, hija mía; no llores, acércate á mi lecho; eso es... aquí, junto á mí, tú también, Salvador, ven, quiero teneros á mi lado: voy á daros muchos consejos y á deciros lo que vamos á hacer.

Sofia y Salvador se habían sentado en el lecho y ambos tenían entre sus manos una de las del moribundo. Este, con débil voz, principió á decir:

—Hijos míos: el corazón tiene sus presentimientos, presentimientos que no engañan; pues bien, yo he tenido los míos, y estos me dicen que esta será mi última enfermedad.

Tengo hecho con anticipación mi testamento, en él, como es consiguiente, lego mis cortos bienes á mi hija: estos consisten en dos casas de vecindad, que reditúan ciento y tan-

tos pesos mensuales. Con esta renta y viviendo con orden, pueden ustedes hacer sus economías, como yo las tengo hechas.

Al dejar de existir yo, Sofia, como menor de edad, debería quedar con un tutor ó curador, hasta que se casara contigo. Faltan seis años para que tú, Salvador, concluyas tu carrera: durante este tiempo, mi hija sería desgraciada con un tutor; yo sé por experiencia lo que es y lo que vale esa gente: en consecuencia, no le nombraré tutor, sino que, mañana, ántes de que yo reciba el Viático, ustedes, hijos míos, quedarán unidos en matrimonio en mi presencia.

Salvador y Sofia doblaron sus cabezas y comenzaron á llorar. El enfermo tomó aliento, y siguió diciendo:

—Tengo mucho que aconsejarles á ustedes, hijos míos. Muy jóvenes son los dos para poder dirigir sin un piloto prudente su frágil nave por el borrascoso océano del mundo.

Salvador, en primer lugar, te recomiendo que acabes tu carrera: despues, que no tengas amigos, que no traigas á nadie á tu casa. Es cierto que es triste vivir sin sociedad, pero también es un hecho que es mas conveniente y que se evita uno de serios disgustos.

Mientras los años te dan experiencia para elegir á tus amigos, no los tengas de ninguna clase. Con respecto á Sofia, te encargo que la ames y la estimes: la estimacion vale mas á veces que el amor. No porque sea tu muger, descendas á una familiaridad tal que dé origen á que se pierdan el respeto. Seele siempre fiel, cuando no por amor, por conveniencia: la muger despechada, paga en igual moneda. Nunca estés ocioso: sé caritativo.

A tí, hija mía, te recomiendo que ames mucho á Salvador, que lo respetes, que lo obedezcas en todo, que jamas te

éanse en complacerlo. En el matrimonio es indispensable para que los cónyuges sean felices, que la mujer tenga grandes virtudes: te recomiendo la piedad, la ternura, la abnegación, la prudencia: el aseo y compostura de tu persona: que jamás te impacientes con tu marido y que reconozcas siempre en él, no obstante que es tu compañero y no tu señor, la superioridad, la cabeza que manda. Respétalo mas, cuando sea el padre de tus hijos.

No tengas amigas nunca: no permanezcas ociosa jamás; dedícate en tus ratos perdidos, á la lectura de obras buenas.

El amor de los consortes, es imperecedero cuando ha echado sus raíces en corazones honrados y á donde se anida la ternura: es un amor cuyos hilos se rompen momentáneamente en la vida cuando uno de los dos muere, para reanudarse mas tarde en los cielos.

Esto tenia que decirles á ustedes, hijos míos, procuren hacer cuanto les he dicho fielmente y serán felices..... En cuanto á este pobre viejo, olvídenlo cuanto antes.

—¡Olvidarte, padre mio.....! Nunca, nunca.

—Señor, nos parte usted el alma con esas palabras.

Don Joaquin sonrió con amargura y les dijo:

—No me olvidarán ustedes por ingratitud, hijos míos, sino porque esto está en el orden natural..... El dolor, como el placer, traslimitándose, nos mataria. La naturaleza tiene sabias leyes; á los padres, los olvidan fácilmente sus hijos: esta ingratitud natural la encontramos á nuestra vez cuando somos padres, en nuestros hijos.....

—Pero yo nunca te olvidaré, padre.....

—Me olvidarás, Sofía, me olvidarás: tienes demasiado de que ocuparte despues de mi muerte; de tu marido: vas á ser cabeza de casa; vas á entrar en una nueva senda, desconocida

para tí..... Eso que llaman *luna de miel*, es un néctar para los esposos: tu anciano padre no se queja, hija mia, te lo repito, me olvidarás.

Lo que sí te ruego es que no olvides mis consejos.

—Padre mio..... no..... nos atormentes con..... tus amargas palabras..... Aunque sea natural, como tú dices, el olvidarte, no nos lo digas: yo creia que la bondad no se olvida, que la ternura y el recuerdo son imperecederos..... pero tú, padre mio, sabes mas que nosotros, tú dices que la filosofía es la verdad..... ¡Oh, mi padre! ¡qué amarga, qué triste, qué fea es la verdad!.....

La jóven Sofía se echó á llorar: Salvador, sin poder decir una palabra, vertia tambien abundantes lágrimas.

Aquella dolorosa escena no podia prolongarse por mas tiempo: don Joaquin, comprendiéndolo, hizo que sus hijos abandonaran la estancia.

para tí... Eso que llaman amor de mujer, en un momento
 de los esposos: tu anciano padre no se duela, hijo mío, te lo
 repito, no olvides nada...
 Lo que si te ruego es que no olvides mis consejos.
 — Padre mío... no... nos atormentas con...
 amargas palabras... Aunque es natural, como tú dices,
 olvidarte, no nos lo digas, yo creo que la bondad no se
 olvida, que la ternura y el recuerdo son impercederos...
 Pero tú, padre mío, sabes más que nosotros, tú dices que la
 filosofía es la verdad... Oh, mi padre! qué amarga, qué
 triste, qué fría es la verdad...
 — La joven Sofia se echó a llorar: Salvador, sin poder de-
 cir una palabra, vertió también abundantes lágrimas.
 Aquella dolorosa escena no podía prolongarse por más
 tiempo: don Joaquín, comprendiéndolo, hizo que sus hijos
 abandonaran la estancia.

BENTON & BOWEN
 PRINTERS
 NEW YORK

A LA CAIDA DEL SOL.

Al siguiente día, don Joaquin se sintió un poco aliviado; aquel alivio pasajero hizo cobrar á los niños esperanzas que muy pronto vieron desvanecidas. Aquello no era otra cosa que esa última luz que prodiga el combustible que va á consumirse.

El señor Cabrales iba á morir: su espíritu iba á lanzarse á la opuesta ribera, á la region trasatlántica del alma inmortal.....

Sofia estaba triste, y sin embargo, en su interior se sentia envuelta por un misterioso halago: su nueva vida, su esposo... Un esposo de diez y ocho años no cumplidos para una niña de quince primaveras, debe ser como un cielo lleno de querubes.

Salvador estaba pensativo, preocupado y con positiva afliccion, y sin embargo, á su pesar, adivinaba, presentia el suave perfume de su nuevo estado.

Y vino la tarde, las horas se sucedieron con su imprescindible marcha; el sol iba á ocultarse, sus últimos rayos alumbraban á la ciudad.

A esa misma hora, el señor Cabrales recibía con fé sencilla el alimento espiritual de los católicos.

Salvador y Sofía estaban casados.....

Los nuevos esposos se veían con asombro; cosas muy graves eran para ellos las escenas tan diversas que en esa tarde les habían acontecido.

Sofía sintió por Salvador desde el momento en que se unió á él con lazo indisoluble, un cariño respetuoso: el jóven, por su parte, también experimentó algo inexplicable en su interior: se sintió, (permítasenos la frase), como mas hombre.

Don Joaquin estaba tranquilo y veía á los dos niños como solo es capaz de ver un padre, y un padre que está próximo á morir.

Serían las cinco: los jóvenes esposos estaban al lado del moribundo; este pidió que sacasen su lecho al patio.

—Padre mio, ¿cómo vamos á sacar tu cama allá fuera? No ves que esto podría agravarte?

—No, Sofía: me muero de viejo; me muero porque mi máquina está ya cansada, inservible..... Quiero exhalar el último aliento allí, entre las flores, respirando el aire puro y balsámico de las plantas, quiero mirar por la última vez el sol... vamos, sáquenme entre los dos al patio, hijos míos, espero que me darán gusto hasta el fin.

El lecho del señor Cabrales fué sacado fuera de la estancia.

Era una tarde magnífica, serena, apacible: el sol en el Ocaso lanzaba su postrera luz. El perfume de las flores que había en el patio se esparcía suavemente en torno del lecho de don

Joaquin; Salvador y su esposa, sentados junto al anciano, escuchaban con respeto las palabras que este les dirigía.

Cualquiera que hubiese entrado al patio de la casa y presenciado aquel cuadro, nunca se habría figurado que allí se estaba finalizando la última escena de la vida.

—Hijos míos, ayer les hablé á ustedes superficialmente del matrimonio; quiero hacerlo ahora con mas detención, dándoles á la vez algunos consejos para que se conduzcan bien en sociedad.

El matrimonio católico, tiene la gran ventaja de la indisolubilidad: se habla generalmente mal del estado mas perfecto del hombre, pero los que lo hacen, son los que aspiran á la vida no libre, sino libertina.

Para hallar la felicidad en el matrimonio se necesitan grandes virtudes, no quiero ocultárselos á ustedes, ántes por el contrario, me fijaré en este punto para excitarlos á ponerlas en práctica. Tú, Salvador, eres bueno, porque has sido desgraciado: el infortunio es el mejor crisol para purificar las pasiones; ya no debes considerarte infeliz, Dios acaba de premiar tus sufrimientos con darte á la compañera que elegiste.....

—Señor, yo le prometo á usted que seré siempre un buen esposo.

—Así lo espero, Salvador, pero sígueme escuchando.— Ama siempre á tu esposa: para que este amor nunca se acabe, respétala y estímala: no confundas la familiaridad con cierta llaneza que acaba por el indiferentismo. Nunca riñas con ella; despues de la primera riña, sigue una vida entera de disgustos y malos tratamientos: acostúmbrala á que te obedezca por medio del razonamiento y no del capricho. Cuida mucho de ser púdico con tu mujer: que jamas te vea

á tí ni tú á ella, sin estar vestidos de una manera conveniente. No abuses del placer: no la trates delante de nadie con la familiaridad que tengas costumbre de hacerlo á solas. No encomies á tus amigos sus virtudes: jamas, ni por casualidad, pronuncies en su presencia palabras inconvenientes: haz que te revele sus acciones, sus pensamientos, sus conversaciones, y nunca la reprendas con dureza. No le tolereas amiguitas íntimas; no vayas á bailes, no la confies á ninguno de tus amigos, jamas creas tener un amigo bastante fiel; para ciertas cosas, no hay amigos.

Para conducirte en sociedad te encargo mucho que jamas excites la envidia de nadie en materia alguna: que tus conversaciones sean siempre morales, fáciles ó instructivas: procura arreglar tu lenguaje segun la persona con quien hables, otro tanto te digo respecto á tus modales y materia de la conversacion. No adules nunca; no te dejes lisonjear. Practica la caridad sin hacer gala de ello, imitando en este punto la conducta de tu padrino: no te embriagues y mucho ménos con escándalo: no juegues, el juego es uno de los vicios mas perniciosos y repugnantes.

Don Joaquin tomó aliento, y siguió diciéndole á Sofía:

—Tú necesitas sobrepujar á tu esposo en abnegacion, en prudencia, en amor, en moral, en ternura y valor, si la suerte, que no lo creo, les fuese desfavorable en algun período de la vida. Ama á tu esposo, como tu mejor amigo, como tu único compañero y mas fiel protector.

Confíale lo mas insignificante: no prestes oídos jamas á las alabanzas de los hombres, procura con cuidado no presentar nunca ocasion para que alguno te enamore. Las mugeres casadas están expuestas á mayores peligros que una niña doncella: los hombres libres creen mas fácil obtener de ellas

sus favores. Antes que ser adúltera, la muerte es preferible: yo espero que tú no cometerás tan odioso crimen; la adúltera es despreciada en primer lugar por el mismo hombre que la sedujo. Muero tranquilo sobre este punto, pues estoy seguro que no arrojarás un puñado de cieno sobre mi tumba.

Procura no envidiar ni ser envidiada: te recomiendo la modestia, que huyas de la vanidad y de los falsos elogios.

Graben los dos esto en su corazon, y júrenle á este hombre moribundo cumplir sus consejos.

—Padre, te lo juramos, dijo Sofía llorando.

—Está bien: dame agua, hija.

Salvador fué por el agua, mientras que Sofía ayudaba á incorporarse en el lecho á su padre.

Cuando el jóven vino con el agua en un vaso, don Joaquin, reclinado en la cabecera del lecho, miraba con los ojos llenos de lágrimas el límpido azul del cielo: una rama cargada de heliotropos, desprendiéndose de la maceta, habia caido sobre su frente.

—Aquí está el agua, dijo Salvador.

El señor Cabrales le hizo seña de que se la aproximase á los lábios. El jóven obedeció, pero el anciano no pudo pasar una sola gota: estaban sus mandíbulas contraídas.

Sofía dió un grito al ver que su padre no podia pasar el agua: los ojos del moribundo comenzaron á nublarse, una lágrima rodó por su mejilla, y espiró.....

El sol se habia ocultado tras de los montes: unas cuantas nubes de color de escarlata contrastaban con el purísimo azul del firmamento.

Los esposos niños rezaban las oraciones per los agonizantes.